

MATERNIDAD JUVENIL Y CAMBIO GENERACIONAL

Transformaciones entre dos generaciones de madres jóvenes de Santiago.

Avance de investigación en curso¹

Grupo de Trabajo 22: Sociología de la Infancia y Juventud

Camila Bustamante Pérez

Licenciada en Sociología, Universidad de Chile

Tesista en Centro de Estudios Sociales de Valparaíso CIDPA

RESUMEN

La ponencia expone los resultados de una investigación realizada en el marco del proyecto Fondecyt "Transiciones a la vida adulta: generaciones y cambio social en Chile"

La investigación describe las transformaciones entre dos generaciones de madres jóvenes en Santiago. El estudio comparó casos de madres e hijas de distintos sectores sociales, abordando temas como maternidad y paternidad, la relación madre e hija, juventud, relaciones de pareja, entre otros.

Los resultados apuntan a una diferencia fundamental entre ambas generaciones: las generaciones anteriores de madres parecían compartir más la crianza con los padres de sus hijos que las jóvenes de la generación actual. Por este motivo, la figura de la abuela se hace altamente relevante para que ellas puedan estudiar o trabajar.

Palabras claves: Juventud, generaciones, maternidad

INTRODUCCIÓN

En un contexto generalizado de cambio, las formas de ser joven y de ser adulto –y el tránsito de una condición a otra- también se transforman. Lo que antes era entendido como una etapa de espera y de preparación –la adolescencia-, hoy se constituye como una experiencia de desarrollo y crecimiento que vale y significa por sí misma –lo juvenil-. Del mismo modo, el tránsito de la condición juvenil a la condición adulta hoy no se mide por cuántos ritos de paso ha cumplido un individuo, sino por la adopción de un estilo de vida particular, vinculado a una nueva estética, a una nueva posición frente a la vida, a una nueva configuración social y cultural relacionada con la autonomía y la independencia, distintas a las que caracterizan lo juvenil.

La maternidad fue considerada como uno de los ritos de paso a la adultez, la transformación de una niña o joven en una mujer. Sin embargo, y como parte de estos procesos de cambio, el fenómeno de la maternidad juvenil pone en duda esta conceptualización, al igual que otros como la educación y el trabajo. ¿Una joven que es madre (o termina sus estudios, o comienza a trabajar) deja de ser joven? ¿Cuáles son los límites?

EL PROBLEMA

¹ (Finalizada para la fecha del congreso)

La maternidad juvenil es frecuentemente presentada bajo la etiqueta de *embarazo adolescente* y es recurrente verla asociada a la de *madre soltera*. El primer concepto posiciona la experiencia de las madres jóvenes como problema: el del control de natalidad, de la deserción escolar, de salud, de derechos sexuales, de reproducción de la pobreza, de exclusión, entre muchos otros, que han querido ser abordados desde la política pública para evitar que las *adolescentes* (“que adolecen”) se vean sometidas a ellos y de paso, mejorar los índices de desarrollo de un país. El segundo concepto ubica a las madres adolescentes en el “problema” –esta vez a nivel micro y más íntimo- de la soltería, entendiéndolo en el contexto de una sociedad altamente creyente, cuya religión predominante –la católica- rechaza la concepción y la maternidad fuera del matrimonio, un vínculo de estabilidad y subordinación, aunque en la realidad nacional hace ya varias décadas que dejó de ser predominante.

Las transformaciones históricas de los últimos años muestran una apertura creciente del espacio público a la mujer, en ámbitos como la educación, el trabajo y la política. Las últimas dos décadas han sido especialmente relevantes en este sentido, considerando el papel que han tenido las organizaciones sociales y la institucionalidad política en el posicionamiento de la representación de lo femenino y de los problemas que enfrentan las mujeres en la opinión pública. Estos cambios, sin duda, han tenido eco en la vida diaria de las mujeres y en sus vínculos cotidianos.

Por otro lado, la categoría de joven en una mujer que ha sido madre puede ser ambigua y no siempre aplica de modo certero, puesto que la juventud no está dada por la edad de una persona. Tiene que ver con un estilo de vida, con un modo de comprender el mundo y de desenvolverse en él que es propio de lo juvenil, entendiéndolo bajo la lógica del desarrollo personal, de la construcción de redes y mundos, de conocimientos y aprendizajes que son distintos a los adultos.

El objetivo de esta investigación fue **Describir los cambios que se han producido en la maternidad de las jóvenes de hoy respecto a sus madres, según el nivel socioeconómico**. Los objetivos específicos, por su parte, fueron:

- Identificar y describir la influencia del nivel socioeconómico en la temporalidad de lo juvenil de las madres jóvenes.
- Describir la transmisión intergeneracional de perspectivas, conocimientos y prácticas vinculadas a la maternidad, entre madres jóvenes y sus progenitoras.
- Describir y analizar los cambios producidos en el ámbito del género entre las generaciones de hoy y de sus madres, considerando el nivel socioeconómico y el contexto histórico-social.
- Describir y analizar las proyecciones de vida de las jóvenes y sus madres en torno al fenómeno de la maternidad, según nivel socioeconómico.

RESULTADOS PRELIMINARES

I. ALEGRÍAS, INCERTIDUMBRES Y PROBLEMAS COTIDIANOS DE UNA MADRE JOVEN.

A) El día a día y el uso del tiempo

La vida cotidiana de una mujer, joven o no, se transforma con la llegada del primer hijo, sin embargo, la radicalidad del cambio es distinta según las prioridades y valores que tenga la mujer y las herramientas que posea para mantener su estilo vida previo el primer embarazo.

En este sentido, la posición en la estructura social de ella y su familia es esencial para describir qué tan profunda es la diferencia entre el antes y el después de tener un hijo. La radicalidad del cambio, además, se hace más relevante mientras más joven es la persona, considerando que tener un hijo en la juventud puede modificar, a voluntad o no, la planificación y proyecciones de vida de la joven y su entorno.

De las jóvenes entrevistadas en este estudio, sólo una –Carla- se dedica completamente a la crianza de su hijo y al cuidado del hogar. Acaba de salir de cuarto medio y piensa continuar sus estudios en un par

de años más, cuando considere que su hijo puede ser cuidado por alguien más. Las otras jóvenes entrevistadas estudian, trabajan o realizan ambas actividades. Algunas trabajan en sus profesiones, mientras otras tienen trabajos esporádicos o menores para tener dinero para sí mismas, para sus hijos o para pagar sus estudios.

Todas ellas, sin distinción socioeconómica, debieron compatibilizar en algún momento la crianza y sus estudios. Enfrentaron la pérdida de clases para amamantar, las críticas de sus compañeros –y especialmente compañeras–, el perseguimiento de las autoridades de sus colegios y todas, sin distinción, debieron reorganizar su tiempo para dedicárselo a sus hijos y al estudio.

La responsabilidad es una de las características individuales que más se desarrolla al ser madre y para Paula, de Las Condes, fue fundamental. No sólo debía compatibilizar sus estudios con tener pareja y ser madre, sino que con ser madre de dos hijos. Para ella, sin embargo, fue justamente la maternidad lo que la ayudó a llevar adelante sus tareas y a lograr, incluso, titularse con distinción.

La rutina cotidiana para una madre joven es pesada y sus días parecen durar más que los de una joven que no es madre. Sólo aquellas que tienen hijos sobre los 3 años afirman que ya pueden dormir mejor que en los primeros años. Esta carga de responsabilidad es mayor si no comparten la crianza con otra persona. En los casos entrevistados, sólo Paula vive con su pareja y sus hijos. Las demás viven con sus madres o abuelas y algunas también con sus padres.

Tres casos corresponden a entrevistadas de sectores favorecidos y con estudios superiores. Las entrevistadas afirman que los papás de sus hijos tienen una participación importante y activa en la crianza, aunque ellas tienen el protagonismo. Pero en otros sectores de la sociedad, el padre del o los hijos es una figura que se desdibuja fácilmente y en general no representa un apoyo estable.

Constanza y Dominique, ambas de 20 años, perdieron contacto con sus parejas cuando ellos se enteraron del embarazo. Ellas ya dejaron de buscarlos para exigir responsabilidades paternas, pues si lo hacían, tenían otorgar parte de la custodia a sus ex parejas, quienes hoy ya no cuentan con su confianza. Bárbara, de 22, contó con el apoyo de su entonces pololo por cerca de dos años en términos económicos y de crianza. El apoyo se mantuvo mientras duró su relación amorosa. Cuando terminaron, él se alejó también de su hijo, suspendiendo aportes económicos y visitas, pero más tarde lo regularizaron a través de un acuerdo judicial.

Estos tres casos, correspondientes a jóvenes de sectores medios, muestran un menor nivel de compromiso de las parejas, que han tenido que suplir con horas de cuidado de familiares cuando ellas están tienen otras obligaciones o cuando necesitan momentos de esparcimiento.

Carla dedica su tiempo a la crianza de su hijo. Su madre y su padre trabajan y le entregan dinero para los gastos del niño. El papá de su hijo estuvo presente los primeros meses de vida del niño, pero luego se alejó y cuando ella quiso pedirle apoyo económico, él respondió exigiendo una prueba de paternidad. El test finalmente dio positivo, pero ella prefirió no exigirle dinero, porque de esa forma él no tendría derecho más adelante a pedir visitas o un vínculo más cercano. Hoy ella y sus papás se hacen cargo del niño.

Karina, también de 18 años, tuvo a su bebé en marzo de este año. Su pololo la acompañó todo el embarazo y ha intentado estar presente los primeros meses de vida del hijo que tienen. Ambos son estudiantes, salieron el 2012 de un colegio industrial de la Municipalidad de San Joaquín y entraron a institutos profesionales. Hacen esfuerzos enormes por pagar sus estudios y él no ha podido colaborar todo lo que quisiera con la crianza de su hijo. Ambos provienen de sectores desfavorecidos y la educación les significa un gasto mayor al que pueden solventar. Quieren arrendar una pieza para vivir juntos, pero los gastos y las advertencias que le hace su madre respecto a los problemas económicos y personales de la convivencia no se lo permiten.

Natalia tiene 23 años, un hijo y una hija. Estudiaba pedagogía en una universidad docente cuando quedó embarazada del primero. Debió abandonar sus estudios y conseguir un empleo, porque a pesar de que sus dos padres trabajan, no alcanzaba para mantener a alguien más. En la actualidad, Natalia

tiene un empleo de jornada completa en un local de comida rápida, por lo que durante el día los niños son cuidados por otra persona. El papá de sus hijos aporta económicamente lo que puede, que no es mucho.

Carla, Karina y Natalia no tienen los recursos de las otras jóvenes para criar a sus hijos. No cuentan con un compromiso suficiente en términos emocionales ni económicos de los padres de los niños y quienes podrían apoyarlas en la crianza – sus madres- también trabajan. En estos casos, las diferencias en términos de posición socioeconómica afectan el uso del tiempo y la dedicación a la crianza, y también podríamos aventurar que incide en la disposición de los hombres jóvenes a hacerse cargo de sus responsabilidades como padres.

En pocos casos los gastos y sacrificios de la crianza son compartidos. La crianza es asumida como una labor individual, acompañada sólo por los miembros femeninos de la familia de origen. Los niños son criados por sus madres y por las madres de ellas, reproduciendo estilos de crianza de otras épocas y generando choques con las nuevas formas de acompañar el crecimiento de los niños y niñas.

B) Pasar a un segundo plano.

En la actualidad, la vida de una persona joven suele ser fértil en momentos de esparcimiento, en tiempos dedicados a los amigos, a las fiestas, al deporte, a la política y a actividades de todo tipo. La sociedad entrega a la juventud la posibilidad de prorrogar responsabilidades y de disfrutar “antes de ser adulto”, es decir, de aprovechar todo lo que se pueda antes de que llegue el trabajo, la casa, los hijos y las obligaciones que todo eso conlleva.

Para las jóvenes que son mamás, estos espacios suelen disminuir e incluso desaparecer, dependiendo de la forma en que compartan la crianza de sus hijos. Las entrevistadas plantean que lo anterior es uno de los costos más grandes e importantes de la maternidad siendo personas jóvenes. Plantean que ser madre es no poder salir todo lo que se quiere, es dejar de lado las actividades que se realizaban cotidianamente, es dejar de preocuparse por sí misma para preocuparse por alguien más y muchas veces puede significar dejar de sentirse bonita y joven. En ese sentido, si no hay una voluntad manifiesta por mantener el estilo de vida y la estética juvenil, es muy difícil evitar “*adultizarse*” prematura e inconscientemente.

Sin embargo, al mismo tiempo que pierden aquellas cualidades, ganan en experiencia y madurez al compararse con las jóvenes de su generación que no tienen hijos. Afirman que ya no pueden preocuparse por esas “banalidades” y se sienten más cercanas a lo que verdaderamente importa para ellas.

Además, las jóvenes de sectores menos favorecidos plantean que no sólo se pierde en diversión, sino también en el cumplimiento de proyecciones. Para ellas, la maternidad equivale a eliminar o pausar sus ambiciones de continuar estudiando o de emprender proyectos individuales, porque los recursos no son suficientes para mantener todo en pie.

Con la llegada de un hijo, la diversión y el tiempo personal pasan a un segundo plano y aparecen nuevas prioridades y junto con ellas, aumenta la responsabilidad y la planificación de la vida cotidiana. Consuelo, por ejemplo, afirma que debió comenzar a tener horarios y rutinas establecidas, que nunca antes había necesitado, ni siquiera en el colegio.

Por supuesto, un bebé que crece requiere de este tipo de planificaciones horarias y por eso, puede que la crianza se haga un poco más fácil para una madre “adulta”, con horarios establecidos de trabajo y con menos interés en mantener vínculos sociales activos con sus grupos de amigos o en realizar actividades de esparcimiento.

Junto con lo anterior, las prioridades en términos monetarios cambian. El poco dinero del que dispone una joven que estudia, independiente del sector social, suele destinarse a usos como los mencionados: salir y preocuparse de sí misma, o bien, a materiales de estudio. En cambio, cuando una joven es

madre, el destino del dinero es otro porque las necesidades de la vida cotidiana son distintas: comida para el hijo, vestuario, medicamentos, mobiliario para el hogar que se requiere cuando un niño va creciendo, juguetes, entre otros variados usos.

La maternidad trae consigo una suerte de desprendimiento del individualismo, un desarrollo empático y un sentido de responsabilidad que tienen raíces en lo social, en lo psicológico y también en lo biológico. El reconocimiento de la existencia de un ser que depende enteramente de otro para sobrevivir, la presión social de lo materno y el instinto biológico llevan a las madres jóvenes a renunciar -o postergar- a lo que antes disfrutaban, con pesar o no, por la aparición de esta nueva prioridad.

C) Ser mamá joven entre dictadura y democracia.

Las jóvenes entrevistadas en este estudio son hijas de mujeres que también fueron madres durante su juventud. Estas mujeres fueron madres a fines de la década de los ochenta y a principios de los noventa, una periodo crítico para la sociedad chilena y también para la mujer, que se había hecho un puesto importante en el ámbito laboral tras la crisis de principios de la década y en el ámbito político en los movimientos por el retorno a la democracia.

Una diferencia importante entre estas jóvenes y la generación actual de entrevistadas es la compañía permanente del padre de sus hijos.

En efecto, independiente del sector socioeconómico, en todos los casos entrevistados, las mujeres tuvieron a sus hijos en el contexto de pololeos estables o de matrimonio. Sin embargo, a pesar de que las parejas estuvieron muy presentes en términos de compañía y apoyo económico, no lo estaban tanto en términos de crianza. En la década de los ochenta y principios de los noventa, la figura del hombre proveedor aún estaba muy arraigada, incluso a pesar del fuerte ingreso al mundo laboral de las mujeres, y esto se hace patente en los discursos.

Sin bien existía en aquel entonces la percepción de que el hombre debía hacerse parte de la crianza y era mal visto que sólo se dedicara a proveer, esto no se aplicaba completamente a lo práctico. En el discurso de las mujeres, la presencia y apoyo masculino se evidencia sólo durante los primeros años del primer hijo y luego se va desligando de a poco de la crianza, abocándose sólo a proveer cuando los bebés ya son niños o cuando llega el segundo o tercer hijo.

Antes y ahora, existe la dificultad de conciliar el rol de madre con otros: estudiar, trabajar, “ser joven”. Sin embargo, las tácticas para enfrentarla parecen variar con los años. La generación anterior se apoyaba más en sus parejas, pues en muchos casos ambos estudiaban o trabajaban y en todos los casos, vivían juntos. En la generación actual esto se hace más difícil, porque las parejas no están o no conviven con ellas, lo cual se traduce en un apoyo más lejano y menos práctico que hace 20 años. Por tal motivo, la dificultad de compatibilizar actividades es enfrentada por las madres jóvenes de hoy recurriendo a sus madres o a otras figuras femeninas de confianza y ojalá, con las mismas concepciones sobre la crianza.

Para las madres jóvenes de hace 20 años, esto no parecía una buena opción, porque sentían una distancia mayor con sus propias madres en términos generacionales. Para ellas, los estilos de crianza eran “muy a la antigua”, poco rigurosos y sin base científica, por lo que no les entregarían a sus hijos si no fuera por una necesidad mayor. Preferían hacer sus actividades con sus hijos o dejárselas a sus parejas, pero no a sus madres:

“Bueno, yo me instruí bastante leyendo. Leyendo y también como escuchando los consejos de mi mamá... y del médico en realidad, porque las mamás en esos tiempos eran igual como un poco a la antigua, entonces igual uno trata de ir más... en avanzar, porque habían cosas que no

encontrabas muy pertinentes, entonces más que nada leyendo y con los consejos del pediatra”. Marcela, mamá de Dominique, Pudahuel.

Ah bueno, es que... éramos como “hay que preguntarle a los expertos”, no preguntarle mucho a... -ahí hay que hacer una aclaración: yo no tenía mucho referente de que mi mamá me explicara mucho, pero ella si me explicó algunas cosas como por ejemplo la mía nació con el horario cambiado, dormía de día y de noche estaba despierta, entonces ella me decía cosas como prácticas, así como “oye ponle un algodoncito con agua para que se despierte”.- Pero para mi mayor referente era el médico, claramente. Y lo otro - y eso tiene que ver con mi carrera y todo- con Piaget. O sea, esa época había un manual de Piaget: “un día la guagua tal. Dos días hágale tal....”, mucho con el tema de la estimulación. Como una guagua que fuera querida... o sea Piaget fue un referente. De hecho cuando nace mi nieto yo le regalé el mismo libro de Piaget y le digo “mira, tómatelo con más relajo pero a mí me sirvió mucho”. Josefina, mamá de Francisca. Las Condes.

Al igual que en la generación actual, uno de los sacrificios vinculados a la maternidad tenía que ver con dejar de lado la diversión y los tiempos para sí mismas, aunque las alusiones a estas restricciones en las entrevistas son menos frecuentes y no parecen tan problemáticas como lo son para las jóvenes de la generación actual. Si bien esta diferencia puede ocurrir por la distancia en el tiempo del habla con los hechos, es algo que puede indicar una diferencia generacional relevante en torno al tema del esparcimiento y las amistades.

Tanto las madres jóvenes de hoy como las de la generación anterior deben hacerse cargo de la mayor parte de la crianza de sus hijos, sin embargo, se evidencia que las jóvenes de la década de los ‘80 tenían más cerca a sus parejas y había un compromiso más patente, que si bien podía ser sólo nominal, les permitía mayor margen de acción, pues podían ellos sostener a la incipiente familia. Las jóvenes de hoy, que casi no cuentan con el apoyo de sus parejas, dependen más de los recursos económicos de sus padres y de los que puedan generar por sí mismas, y del apoyo práctico que pueden entregarle sus madres

D) Ayudando a criar: la importancia de la abuela.

Cuando una joven se embaraza estando en pleno proceso educativo, uno de las disyuntivas más relevantes es si continúan sus estudios o no. Para aquellas que no tienen una pareja que se encargue de cuidar al hijo mientras ellas se educan, muchas veces no queda otra opción que la deserción. Sin embargo, para ellas la figura materna se transforma en algo imprescindible, pues les permite seguir estudiando y dejar a sus hijos con la persona de mayor confianza que pueden encontrar. Así, la abuela pasa nuevamente a criar, con todo el conjunto de saberes y prácticas que había puesto en marcha 20 años atrás, cuando era su turno de criar niños.

La abuela cuida cuando la mamá está estudiando, cuando quiere dormir o cuando quiere salir con sus amigos. Pero además, la abuela se encarga de aconsejar a la joven en los temas más variados de la maternidad: desde cómo cambiar un pañal hasta qué tipo de educación debe recibir el niño o niña.

Las mamás jóvenes temen dejar a sus hijos con personas desconocidas y algunas tampoco tienen los recursos para pagar a alguien, por lo que en ocasiones prefieren moverse a otras comunas para entregárselos a alguna mujer de su familia o de la familia de su pareja.

Muy pocas veces los cuidados se delegan a figuras masculinas. Sólo en algunos casos los padres o los abuelos de los niños toman parte activa en el cuidado cotidiano, pero sólo en ocasiones especiales, como los fines de semana o cuando alguna actividad mantiene ocupadas a la madre o a la figura femenina.

En la mayor parte de los casos de madres jóvenes de la generación actual se evidencia que forman una densa red de contactos sobre la que pueden apoyarse cuando lo necesitan: personas que cuidan al hijo, que las sostienen económicamente, que les regalan comida o ropa para sus hijos, entre otros aportes familiares.

Esta red parece ser mucho más relevante para la generación actual que para la anterior por los motivos ya mencionados: la presencia permanente de la pareja en los ochenta y la percepción de lejanía generacional entre las jóvenes de aquella generación y sus madres, que criaron en los años sesenta.

De esta forma, en la actualidad, más que antes, la figura de la abuela que cría se hace muy relevante, sobre todo en sectores medios, donde las abuelas son dueñas de casa o trabajadoras con horarios menos exigentes que en los sectores vulnerables y donde las jóvenes tienen más posibilidades de seguir estudiando o de trabajar en horarios complementarios.

II. MADRE E HIJA: RELACIÓN DE MUTUA CREACIÓN

A) Saberes de la maternidad

Hay quienes dicen que nadie enseña a ser madre. Para algunas mujeres, la maternidad es un instinto, un saber que surge en el vientre, en el pecho y que se desarrolla sin intervención de la razón. Sin embargo el ser humano, como ser social, está cargado de ideas y prácticas aprendidas y muchas veces es en base a la experiencia y a la reproducción de lo social que estos saberes de la maternidad se desarrollan.

Funciona de una manera muy parecida al *habitus*: se trata de disposiciones –incluso corporales– adquiridas, que se entrelazan con la razón y la creación propia, haciéndose una e invisibilizándose de la voluntad. De este modo, lo que una madre cree estar haciendo por vez primera en la crianza de su hijo, puede estar cruzado por estas disposiciones adquiridas durante su propia crianza y en la observación de su madre en el trato con ella y con sus hermanos y hermanas.

En paralelo, la mujer que es madre ha crecido en un periodo histórico social distinto al de su progenitora, que la imbuye de un repertorio nuevo de valores y saberes que son constitutivos de una generación distinta. Esta diferencia generacional provoca una tensión entre madre e hija, que se pone a prueba cuando ambas comparten la crianza de un ser.

Las madres jóvenes de la generación actual deben enfrentarse a este dilema. Dada la debilidad de la figura paterna de sus hijos y la necesidad de seguir formándose, deben recurrir a los cuidados y consejos de sus progenitoras, que ya tuvieron la tarea de criar y que manejan desde los saberes más simples hasta los más complejos, pero que crecieron en otra época y tienen una perspectiva distinta.

Las jóvenes deben entonces decidir: ¿toman el conocimiento que sus madres ofrecen, para reproducirlos en su forma de crianza, o se plantean de manera crítica frente a ellos y prefieren probar con nuevas formas?

Las jóvenes de los ochenta parecen haber tomado la segunda opción: Confiaron sus hijos a sus parejas o prefirieron andar con ellos en la cadera y aprender de libros de crianza y pediatría. Las jóvenes de hoy confían sus hijos a sus madres, pero parecen atreverse a poner algunas reglas actualizadas de acuerdo a los avances a nivel social, emocional y también a nivel científico.

Este apoyo también reviste ciertas incertidumbres. Si la joven va a dedicar gran parte de su tiempo a los estudios o al trabajo y el niño va a quedar al cuidado de su abuela o de otra figura femenina, ¿Con quién generará un vínculo más fuerte? ¿De qué calidad será el apego entre la madre joven y su hijo? Estas preguntas fueron planteadas por las jóvenes cuando debieron tomar esa decisión y también por sus progenitoras cuando se vieron en la situación. A pesar de ello, la entrega de las abuelas y todo el bagaje de conocimientos que ponen a disposición de sus hijas, hacen que el agradecimiento pueda más que la preocupación de a quién va a querer más el niño o niña.

En los sectores medios, las jóvenes han podido continuar sus estudios y sus mamás, abuelas, hermanas o primas, a pesar de trabajar en algunos casos, las apoyan en el cuidado del niño o niña, sobre todo si tienen horarios más flexibles o menos exigentes que las madres jóvenes.

La opción de estudiar o trabajar consume parte del tiempo que la joven podría dedicar a la crianza y algunas sienten que se puede debilitar el vínculo con sus hijos o que no podrán criarlos bajo sus criterios. Es por ello que algunas hacen esfuerzos por empoderarse como madres y plantear ciertos límites y reglas a quienes las apoyan en la crianza:

Siempre está esa brecha mamá e hija. Onda... yo soy... o sea entre mamá y abuela: yo soy su mamá y ella es su abuela. Al final yo soy la que tomo las decisiones de ella. Pero igual siempre está ahí al lado mío. Hemos tenido problemas, pero cotidianos en verdad... de repente no le gusta que yo la acuesto muy tarde y ella no le gusta eso, cachai? Pero yo siento que no va a haber ese choque por decisiones más grandes o importantes porque ella entiende que yo soy la mamá. Incluso lo hemos hablado que yo la quiero poner en mi colegio por ejemplo y al final ella me dice que es cosa mía, si al final yo soy la mamá. Constanza, Pudahuel.

El apoyo de las abuelas, como se ha planteado, se compone del cuidado de los hijos cuando la mamá no está disponible y de la entrega de conocimientos relativos a la crianza y maternidad. Pero también incluye una serie de ideas y conceptos relativos a valores y cualidades que parecen ser una continuación de la crianza de las propias madres jóvenes.

Algunas de ellas plantean que sus mamás les han enseñado a ser responsables y ordenadas con sus hijos y sus horarios, a ser cariñosas, pacientes y respetuosas con ellos. Lo anterior tiene que ver con la formación de la persona como madre y, en ese sentido, las abuelas parecen seguir criando a sus hijas al mismo tiempo que las ayudan a criar a sus nietos.

Como ya se ha planteado, las abuelas de los niños o niñas asumen un rol sumamente relevante en la crianza, especialmente si las madres jóvenes no tienen a su lado al padre de sus hijos. El acompañamiento cotidiano y permanente a su hija y a su nieto transforma a la abuela en aquella figura complementaria que el joven ha dejado vacante.

Yo terminé con el papá del Simón cuando tenía como 7 meses de embarazo, y onda mi mamá entró al parto, mi mamá le compra los pañales, mi mamá lo ve cuando yo tengo cosas que hacer. Mi mamá es como el papá del Simón. Mi mamá ha sido el apoyo sentimental que yo he necesitado, ha sido la que se ha desvelado conmigo, que cuando el Simón está enfermo corre conmigo al hospital, así por ejemplo cuando tiene fiebre en la noche. Mi mamá ha sido como el papá que el Simón no está teniendo po. Carla, San Joaquín

A pesar de lo importante que significa para algunas el apoyo de sus mamás, hay algunas madres jóvenes que prefieren no depender de ese apoyo y han recurrido a otras fuentes de información sobre crianza, como el internet o la medicina. Sin embargo, en estos casos, se trata de jóvenes que viven con sus parejas o que cuentan con su presencia de manera constante, por lo que puede prescindir, en cierto sentido, de la figura materna, ya sea en lo económico o en lo práctico.

He conocido niñas de mi misma edad que se echan a morir, que necesitan la mamá al lado para que les haga todas las cosas porque el niños se le enferma y no saben qué hacer, no saben dónde llevarlos... yo soy súper autosuficiente, yo puedo arreglármelas sola. Paula, Las Condes.

Los saberes de una madre con experiencia hacen aún más cercano el vínculo entre una joven que ha sido madre con su progenitora. Abuela y madre se construyen mutuamente echando mano al vínculo de amor, a los lazos de solidaridad y de crianza y a las experiencias comunes que las unen.

“En el minuto que yo fui mamá nos acercamos de otra forma: la relación con ella se hizo mucho más cercana. Nos entendemos desde un punto que ella no se entiende con ninguno de mis otros hermanos”. Francisca, Las Condes.

(Se presenta sólo un extracto del texto de la investigación completa).